

1-1-1985

Virgen feliz a la escucha de Dios

José Ramón García-Murga

Follow this and additional works at: http://ecommons.udayton.edu/ml_studies



Part of the [Religion Commons](#)

Recommended Citation

García-Murga, José Ramón (2014) "Virgen feliz a la escucha de Dios," *Marian Library Studies*: Vol. 17, Article 10, Pages 113-118.
Available at: http://ecommons.udayton.edu/ml_studies/vol17/iss1/10

This Article is brought to you for free and open access by the Marian Library Publications at eCommons. It has been accepted for inclusion in Marian Library Studies by an authorized administrator of eCommons. For more information, please contact frice1@udayton.edu.

VIRGEN FELIZ A LA ESCUCHA DE DIOS

Hermenéutica de dos actitudes bíblicas de María

JOSÉ R. G^A-MURGA, MADRID

Dedico estas páginas al P. Théodore Koehler con mucho cariño. De mi convivencia con él en Fribourg recuerdo que su actitud hacia nuestra Señora estaba configurada por la piedad profunda y el estudio riguroso.

Por eso voy a intentar una reflexión de carácter hermenéutico, muy orientada hacia la cuestión del sentido, y de ese modo a la piedad, pero procurando que tenga como trasfondo el estudio de la exégesis y de la teología actuales.

Consideraré a María como virgen feliz a la escucha de Dios, dos aspectos de su actitud creyente que deberían tener fuerte incidencia en la espiritualidad del hombre de nuestros días.

I. VIRGEN DE LA ALEGRÍA PROFUNDA

a) *Felicidad, ¿concepto ambiguo?*

El concepto de felicidad resulta hoy ambiguo. Por una parte aparece como desmesurado para nuestras posibilidades reales: ¿es posible ser feliz en un mundo atravesado por tantas tensiones, tanto en el plano internacional como en la propia vida familiar y privada? Por otra parte, preocuparse por la propia felicidad en este mundo de dolor parece un tanto egoísta: da la impresión de que uno se repliega sobre sí, para defender con uñas y dientes su pequeña parte de satisfacción, y olvidándose de los demás.

En la figura bíblica de María contemplamos la verdadera felicidad, y al mismo tiempo su fuente y las actitudes humanas que nos abren a ella.

b) *El gozo de María y sus causas*¹

El evangelio de Lucas nos habla de la realidad del gozo de la Virgen. El ángel la saluda invitándola a la alegría. Quizá sea discutible la interpretación (de Lyonnet, Laurentin ...), según la cual el *jaire* evocaría directamente los anuncios de salvación dirigidos a la Hija de Sión. Pero hay que convenir que el término, al menos por su situación en el contexto, contiene una invitación al gozo mesiánico que desborda el sentido trivial de un saludo.

Isabel reconoce a María como "bienaventurada", dichosa. Este *makarismos* implica el reconocimiento de una felicidad ya concedida, presente, operante. La alegría escatológica ha llegado ya.

María misma lo corrobora. "*Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador*". Es posible que Lucas ponga aquí en labios de María de una manera retrospectiva el gozo que experimentan los *anawim* al reconocer en Jesús la salvación de Dios y su victoria. Tal vez se trate de un aoristo ingresivo: he comenzado a alegrarme. Al identificar la manera como Dios actúa, María se alegra, aunque ello no suponga que la victoria total de Yahvéh – y con ella la plenitud y la felicidad total – se haya conseguido totalmente.

La fuente de esa interna felicidad de María es el mismo Dios.

Él la mira con cariño, y ella se convierte así en la "favorecida". Todo en ella es consecuencia del amor benevolente de Yahvéh, al que la Virgen responde sin reservas.

"*El Señor está contigo*" (v. 28), "*has hallado gracia ante Dios*" (v. 30), de una manera eminente. María no recibe el favor de Dios en general, o de una manera indiferenciada, sino en concreto, para realizar la misión que a *ella sola* corresponde de ser madre del Mesías. Ella ha sido particularmente amada y elegida, llamada por su nombre propio.

"*El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra*" (v. 35). Pese a la perplejidad de algunos exégetas, es difícil no relacionar este texto con los referentes a la nube que cubrió la tienda de la reunión (Ex 40, 35), símbolo de la presencia eficaz de Yahvéh (Num 9, 18.22; 10, 34), y que se hizo presente en la transfiguración (Lc 9, 28-36). Verdaderamente, Dios fue la causa de la felicidad de María.

En conclusión: María fue feliz con su Dios en el cumplimiento de su misión.

El ángel la invitó a la alegría, Isabel la proclamó bienaventurada, ella misma se sintió embargada de gozo. Su felicidad, verdadera aunque en camino de realización

¹ Para el trasfondo exegético de este párrafo, ver R. BROWN, *El nacimiento del Mesías. Comentario a los relatos de la infancia*, Madrid 1982, 323-6; 332-5; 346-7; 364-9. E. G. MÓRI, *Annunziazione del Signore: Nuovo dizionario di mariologia*, Milano, 1986, 78-86.

Virgen feliz a la escucha de Dios

plenaria, no la replegó sobre sí; la abrió a Dios y la remitió a los hombres a través de la misión.

c) Anticipo de la felicidad que Jesús ofrece a su Iglesia

La felicidad no es algo secundario, ni una especie de añadido del que podríamos prescindir en la vida cristiana. Es consecuencia necesaria de una fe verdaderamente convencida de que Dios nos ama y quiere lo mejor para nosotros.

María se encuentra² amada por Dios. En ella se prefigura el sentir profundo de Jesucristo, embargado en lo hondo de su consciencia de hombre por la presencia infinitamente amable de quien él invocó como a su Abbá. Es decir, de Aquél que Jesús sintió así, antes de poder conceptualizarlo como tal.

Este sentimiento no es algo superficial³; afecta profundamente a todo el que comparte la vida de Jesús, y lo conduce a la *aceptación* serena de sí mismo, presupuesto, como subraya la psicología moderna, de toda personalidad madura. Si Dios me ama, yo también, puedo ser un buen amigo de mí mismo.

Sentirse siempre amado, y por tanto, sostenido y estimulado, es fuente de liberación interior. Cuando María dice "*hágase en mí según tu palabra*", transmite la impresión de partir para su misión con una confianza inigualable.

También yo he sido llamado por mi nombre y destinado a una misión. Actuaré en ella, no desde la seguridad del tener o del poder, sino, como María, desde la confianza en la Palabra y en la gracia recibida, que sé por la fe que está llamada a dar frutos. Dejaré actuar en mí y a través de mí la eficacia creadora: por la Palabra de Dios se hicieron todas las cosas (Jn 1, 3).

La felicidad de María es la misma a la que está llamada la Iglesia. Brown⁴ duda de si la intención de Lucas era verdaderamente presentar a María como Hija de Sión haciendo alusión a los pasajes correspondientes del AT. Pero ciertamente los textos lucanos cobran nuevo sentido en el ámbito de la tradición: María es figura de la Iglesia, llamada a albergar a Dios en su seno y a alegrarse en él.

"*Hija de Sión, alégrate, porque el Señor está en ti*". Cada creyente se encuentra llamado a compartir la felicidad de María, pues el nuevo pueblo de Dios no es una colectividad amorfa, sino una comunidad de individuos personalmente amados por Dios en su singularidad intransferible, y así unidos solidariamente entre sí.

También yo, en mi singularidad individual e intransferible, estoy llamado a la felicidad. También sobre mí se derrama la abundancia del Dios que me fecunda con

² En el sentido del *sich befinden* heideggeriano.

³ En la escala de Max Scheler habría que considerarlo como un sentimiento *espiritual* (más profundo que los sensibles, vitales, y psíquicos): J. FERRATER MORA, *Sentimiento: Diccionario de filosofía*, 4, 1980, 3001-3.

⁴ L.c., 330-1.

su sombra. También a mí se me entrega una misión. También yo soy aceptado y puedo confiar, aun en el riesgo y en el dolor, desde la serenidad profunda de la relación que el Abbá ha querido anudar precisamente conmigo.

II. MUJER A LA ESCUCHA DE DIOS

La felicidad cristiana se halla estrechamente unida al desasimiento de sí. Pero ésta es ante todo actitud de apertura ante el Dios bueno que me alimenta con su amor y así hace posible llevar hasta las últimas consecuencias el compromiso en favor de los demás.

Esta apertura a Dios, para que él pueda entrar con su amor y su felicidad, hay que renovarla constantemente. La vida de María, mujer a la escucha de Dios, nos lo atestigua de nuevo.

a) *Irrupción de Dios, que desinstala*

La irrupción de Dios en la vida del hombre provoca sobresalto; la perturba. Zacarías, cuando su visión, "*se sobresaltó (etarájze) y quedó sobrecogido*" (Lc 1, 12). El verbo que se emplea para decir que María se turbó (*dietarájze*) (1, 29) es todavía más fuerte⁵.

El hombre ha de aceptar la actuación de Dios, también la inesperada, y ponerse a su disposición. María se vió invitada a interpretarse desde Dios de una manera distinta a como lo ha hecho hasta el momento⁶. El curso de su vida cambia.

María se ve sumergida de una manera muy particular en el misterio de la actuación de Dios en la historia: "Has sido amada. Vas a ser madre del Mesías". Heme aquí desinstalada, llamada a desprenderme de los mismos planes que me había hecho desde mi fe absoluta en Yahvéh (sobre todo, si suponemos el carácter histórico de la opción por la virginidad): ¿qué hago ahora? Desde mí misma me reconozco incapaz para responder.

Como garantía de futuro, el favor de mi Dios. Pero ignorancia total de los vericuetos del camino. Debo pues deshacerme de mis propias perspectivas y del deseo tan normal de gobernar por mí mismo mi vida. Más tarde Teresa de Avila dirá: "¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por vos?".

No fue la única vez que María se vió invitada a modificar el movimiento de su espontaneidad natural. En este sentido hay que interpretar la respuesta de Caná (Jn 2, 4): no debe haber propiamente derechos de la madre sobre el Hijo, sino cooperación con éste en el plano de la salvación.

⁵ BROWN, *l.c.*, 267-8, 297.

⁶ S. CIPRIANI, *Credente: Nuovo dizionario di mariologia*, 419.

Virgen feliz a la escucha de Dios

Más tarde, en una palabra que se refiere de nuevo al tema de la felicidad, Jesús subrayará que ésta no procede de una proximidad meramente biológica con él, ni siquiera de la estrechísima que supone la permanencia en el seno materno. Son dichosos los disponibles ante la Palabra, los que ante su interpelación son capaces de cambiar el ritmo de la vida (Lc 11, 27-8).

b) Exigencia de discernimiento

Por dos veces señala Lucas que María meditaba los acontecimientos en su corazón (2, 19.51). Educada en la tradición judía, estaba convencida por una parte de que Dios actuaba en todos los ámbitos de la realidad, y por otra, de que el hombre debía encontrar por sí y de manera responsable el sentido de la interpelación divina y la respuesta ajustada que estaba demandando.

El verbo *symbolleîn* – ponderar, meditar, comparar – significa que María trataba de interpretar lo que ocurría – el Mesías en un pesebre ..., Jesús se queda en el templo sin previo aviso ... –, para encontrar su sentido correcto. No para satisfacer su curiosidad, sino para obrar sabiamente, ajustando la vida a lo descubierto⁷.

c) Disponibilidad, Cruz y felicidad

Deponer el impulso espontáneo es doloroso para la creatura. Supone “deshacerse” efectivamente de sí. María fue aprendiendo el ritmo de la cruz, predicha por la espada terrible y cruel (*romphaia*) de que había hablado Simeón, y por las angustias (extremas) sufridas cuando Jesús se perdió (Lc 1, 35.48)⁸. El Calvario supondrá el desprendimiento total, por real e incomprensible, de quien había sido toda la razón de su vida.

Todo ello ¿es camino de felicidad? Paradójicamente sí. Hay cruz cuando el dolor se convierte por la fe en camino de resurrección.

El que padece puede clausurarse sobre sí ante la visita del dolor, endurecerse, entregarse a la amargura: son actitudes por lo menos comprensibles sobre todo si el sufrimiento es excesivo. Puede también aceptar el desasimiento que supone el dolor, y abrir en su persona nuevos espacios para Dios.

Job cayó en la cuenta de que a través de su drama terrible había conocido a Dios de una forma nueva: no ya de oídas, sino por experiencia (42, 5). Al haber sido privado de los bienes de esta vida (riquezas, salud, amistad), había establecido contacto con Dios no sólo a través de sus mediaciones, sino de una manera mucho más directa⁹.

⁷ BROWN, *l.c.*, 424-5; 449-51.

⁸ R. LAURENTIN, *Structure et théologie de Luc I-II*, Paris, 1964; *Jésus au Temple, mystère de Pâques et foi de Marie*, Paris 1966, 35-6.

⁹ Sobre esta interpretación del libro de Job, G. LAFONT, *L'excès de malheur et la reconnaissance de Dieu*: NRTb 101 (1979), 724-39.

Jesús también se sintió terriblemente abandonado, pero murió encomendando su espíritu a las manos del Padre. Desasido de todo, en el sentido más literal, hasta de su propio existir, se abrió a la acción de Dios, renunciando a descifrar sus caminos. Apertura y receptividad confiada son los rasgos que caracterizan la verdadera filiación, y así, habiendo vivido en esta tierra como hijo hasta el final, se verá constituido como hijo en poder (Ro 1, 4) más allá de la muerte¹⁰.

La primera creyente, al deponer toda actitud afirmativa crea en sí misma cada vez más espacio para que Dios, fuente de felicidad, entre en ella. Así se convierte en reina gozosa del cielo y en causa de nuestra alegría.

III. PASTORAL DE LAS BIENAVENTURANZAS

Conducirnos a la verdadera salvación, es decir, a la realización plena de la felicidad auténtica, es la meta que el Padre bueno nos asigna a los hombres. Las bienaventuranzas son la carta magna del Reino.

No sé si la Iglesia da la impresión de trabajar ante todo por la verdadera alegría. Es difícil que el hombre de hoy se convenza de que la felicidad que vivió María es la auténtica. La cultura actual refuerza las actitudes autoafirmativas de dominio y el hedonismo incontenido.

La pedagogía de la felicidad y de la apertura presupone que el mismo creyente se procure espacios psicológicos y tiempo para profundizar el sentimiento fundamental de ser amado. A menudo lo presuponemos sin cultivarlo.

Hay que continuar después, no por los conceptos, ni por las palabras, sino por la transmisión vital. La tradición viva y el testimonio, antes que las razones.

La tradición necesita matrices culturales donde pueda producirse. El hogar de Nazaret fue un ámbito maravilloso donde se aprendía a ver en todo, en los dones de la creación — como se rezaba a diario después del *shemá* —, en las personas, en los acontecimientos..., la bondad de Dios.

Hemos de trabajar para construir ese tipo de matrices. Lo ideal sería que todo, y no de una manera impositiva, desde el ambiente familiar hasta la convivencia política, estuviese empaquetado de esta manera de percibir a Dios.

Al menos habría que ir creando una red de comunidades cristianas impregnadas de esta manera de sentir, y capaces así de ayudar a sus miembros a edificar sus vidas sobre la confianza en el amor, que podrían entonces transmitir al mundo entero según los planes de Dios.

Pero sobre todo, hay que confiar y tratar de descubrir los propios caminos del Padre bueno, que trabaja él mismo para hacernos conocer la verdadera felicidad.

¹⁰ Esta interpretación también se inspira en G. LAFONT, *Dieu, le temps et l'être*, Paris 1986.